

CLUB DEL MISTERIO

WILLIAM HERBER



SU MUERTA IMAGEN

— 45 —

En el ambiente de una galería de arte estalla un conflicto de odios y pasiones que envuelve a Peter Stark, agente de publicidad fracasado; a Van Gelder, para quien el arte es otra forma de comercio; a Nita, la eterna enamorada de un fantasma; a Carlos Somoza, el viejo pintor paralítico, y a Gabrielle, su joven y bella esposa. Un suicidio que no puede ser tal y un horrendo crimen ponen la nota trágica en la vida de estos seres cuyo destino gira en torno al éxito de los cuadros de Somoza. Petersen, el detective que alterna sus ilusiones de un viaje al trópico con la tenaz búsqueda de las pruebas acusadoras, y Peter Stark, su ocasional e involuntario aliado, van siguiendo el hilo de los acontecimientos sin sospechar que terminarán enfrentados con el más dramático e inesperado desenlace, en medio de las sombras de la galería donde la belleza del arte parece haberse desposado con la maldición del crimen.

PERSONAJES

por orden de aparición

CHARLEY BOWEN: *hombre "invisible" que fastidia a unos, da trabajo a otros y despista a todos*

NITA NOVAK: *muchacha bastante bonita, aunque algo neurasténica, no hace más que correr detrás de*

PETER STARK: *joven simpático e inteligente, siempre dispuesto a complacer a las damas*

JONAS VAN GELDER: *hombre "malo" cuyo carácter bilioso da que pensar*

CARLOS SOMOZA: *pintor original, a punto de lograr fama y dinero. En favor de él*

GABRIELLE: *su mujer, capitaliza agresivos atributos personales en favor de Carlos, su marido*

EMILY VAN GELDER: *aparece y desaparece inopinadamente. ¿Por qué?*

PETERSEN: *un policía como hay muchos; juega en forma impersonal con los sentimientos ajenos: con los de usted, señor lector*

SEÑORITA RYAN: *secretaria rubia –¡cómo no!–; tiene por misión servir de "conejillo de Indias"*

CAPÍTULO PRIMERO

La llave penetró fácilmente en la cerradura, igual que en cien oportunidades anteriores, y abrí la puerta para entrar en la sala de espera, que en un tiempo había sido muy moderna, realizada por las sillas Miller, y por la mesa italiana, de mármol, sobre la cual había la proporción ideal de publicaciones especializadas y de revistas extranjeras para impresionar a los clientes mientras esperaban, y con el escritorio para la secretaria, abierto por abajo, que les permitía contemplar las rodillas de la muchacha si no podían leer.

Pero ahora todo había cambiado. Hacía mucho que se habían llevado las sillas para cubrir lo que todavía le debía a la empresa de decoración; la mesa de mármol estaba en el depósito y el escritorio de la secretaria había sido retirado junto con los restantes muebles para oficina.

Me sentía como un hombre que acaba de enterarse de que su enfermedad es incurable, y que se pregunta estúpidamente por qué esto ha tenido que ocurrirle a él cuando el mundo está lleno de gente más merecedora de esta desgracia.

No se trataba de que no hubiera motivos, y muchos. Hacía largo tiempo que yo veía los motivos. Pero el saber y el poder hacer algo son dos historias distintas.

En cinco años Charley Bowen y yo nos habíamos abierto camino con uñas y dientes entre los competidores, desde un miserable comienzo en un cuarto trasero del tercer piso de un ruinoso edificio de oficinas de State Street, hasta los lujosos salones de Walton en el Near North Side,

con cuentas por valor de un cuarto de millón de dólares. Merecíamos todas las gamas del éxito que habíamos saboreado. Habíamos tenido ideas novedosas cuando las otras compañías de arte publicitario ofrecían las mismas viejas triquiñuelas; habíamos buscado métodos modernos cuando los antiguos todavía podrían haber encontrado clientes; habíamos cumplido gustosamente planes de trabajo imposibles. Pero principalmente habíamos formado un equipo; yo con las ideas, el sentido comercial, el cordial apretón de manos, y Charley Bowen dándome su respaldo en la oficina, dirigiendo, escogiendo talentos, arriesgándose con artistas jóvenes, y alentando en general a nuestra colección de principiantes y de rezagos de los otros estudios para contar con lo que necesitábamos para cumplir con los compromisos.

Todo había sido muy sencillo. Es fácil vender cuando uno tiene lo que ellos piden. Pero yo había pensado que podría mantener a Charley indefinidamente sobrio, y el último año me había demostrado lo equivocado que yo estaba.

El sol del crepúsculo todavía se filtraba débilmente por las ventanas para subrayar el vacío de las habitaciones mientras yo las recorría. Mis pisadas resonaban sobre los pisos desnudos. Refregué con el taco el cigarrillo caído, que dejó una mancha satisfactoria sobre el esbozo desechado que mostraba la cabeza de una muchacha imaginaria sonriendo con dientes blancos en un anuncio preparado para la publicidad de una pasta dentífrica. Recordé que habíamos hecho una gran campaña por cuenta de Trebico. El piso estaba cubierto por los espectros de grandes campañas, pero éstas empezaron a perder su chispa cuando Eowen volvió a la dieta líquida, y en pocos meses no tuvimos nada para mostrar a cambio de nuestros esfuerzos, excepto un montón de facturas de bares, y frases coléricas que nos dejaron cicatrices a los dos.

Si por lo menos yo hubiese sabido qué era exactamente lo que lo había impulsado a beber nuevamente. Si lo hubiese descubierto a tiempo, quizás podría haber hecho algo al respecto. Él sólo pensar en esto me crispó los músculos del estómago. Me pasé la mano por la cara como si así pudiese borrar los últimos residuos de los recuerdos desagradables, y emprendí el regreso hacia la puerta de la oficina, caminando lentamente en la penumbra. Había sido un agradable velatorio solitario. Ahora debía empezar a concentrarme nuevamente en la vida.

Estaba buscando la llave de la oficina entre las restantes del llavero para dejársela al agente de propiedades, cuando noté su presencia en el cuarto. Mis nervios me levantaron quince centímetros del piso cuando dijo:

–Hola, Peter.

–¿Qué diablos hace sentada en la oscuridad? –pregunté.

–Vine decir que lo lamento –respondió tranquilamente. Como siempre su voz estaba desprovista de toda expresión.

Tanteé a lo largo de la pared hasta que mi mano encontró el conmutador de una de las lámparas de cuello móvil que acostumbraban a brillar sobre el cartel enmarcado de una campaña, y la encendí. La luz se derramó por toda la habitación, y alumbró a la muchacha que estaba sentada contra la pared, con los brazos cruzados alrededor de las rodillas.

–No debería estar sentada en el piso de oficinas a oscuras –gruñí torpemente.

–No hay sillas –contestó ella sin inmutarse.

Habíamos intercambiado apenas unas pocas frases y yo ya estaba a la defensiva. Lo mismo había ocurrido cuando ella trabajaba para Charley. Sus reacciones siempre me irritaban. Me había alegrado cuando ella se fue, a pesar de las protestas de Charley, para empezar a trabajar por su cuenta.

–Está bien, ya dijo que lamenta que hayamos quebrado –mascullé–. Acepto sus condolencias. ¿Puedo hacer algo más por usted?

–Déme un cigarrillo –manifestó ella tranquilamente.

Saqué el atado de mi bolsillo, y se lo tendí. Ella permaneció Sentada en el suelo y me miró a través de los lentes de armazón negra y gruesa.

–¿Un fósforo?

Volví a buscar, y después acerqué un fósforo al extremo del cigarrillo. Ella aspiró profundamente, y cuando lanzó el humo, lo apuntó hacia mis rodillas.

Yo estaba erguido delante de ella, mirando su peinado que pertenecía a uno de esos estilos absurdos que producen la impresión de que una cabra ha estado mordisqueando el pelo, mirando el rompevientos negro, los pantalones que parecían de montar, pero no lo eran; los mocasines gastados, y decidí que este uniforme me gustaba tan poco como cuando lo había visto por última vez.

–Recibí una carta de Charley Bowen –manifestó.

–Es más de lo que recibí yo –contesté secamente, consciente de mi sonrojo. Esperé y me quedé mirando, mientras ella lanzaba más humo hacia mis rodillas–. Cualquiera diría que, si estaba lo bastante sobrio como para escribir, podría haberme enviado una línea.

No disimulé mi amargura, sino que la dejé al desnudo.

–Va a pintar, y cree que está nuevamente en vereda –agregó ella calmosamente.

–Excelente –murmuré. Depositó frente a ella una caja de cartón dejada por la empresa de mudanzas, y me senté –. Quizás pueda pintarme un cuadro de la acera en la que está, y yo lo guardaré en mi álbum de recuerdos.

Ella se inclinó hacia adelante para mirarme, como si yo hubiese sido una pequeña pantalla colocada fuera de foco.

–Usted no se alegra por él, ¿verdad? Lo único que le interesa es su mezquino negocio, y ganar un dólar, y ver

las sonrisas de los mozos cuando arrastra a su última conquista a los restaurantes caros.

Me puse de pie y empecé a abrochar mi abrigo.

–Me alegro de haberla visto, señorita Novak –dije–. Siempre quedan rastros cuando uno ve cómo cinco años se derrumban a su alrededor. Me alegro de que haya venido para revolver un poco la herida. Eso es muy agradable –me encaminé hacia la puerta y la abrí–. Ahora hágame un favor y lárguese de aquí.

Ella miró despreocupadamente la colilla que tenía en la mano, y después la aplastó con un movimiento despacioso sobre el piso.

–Charley está en California. Allí el clima será bueno para él.

Cerré la puerta y volví a mi asiento improvisado.

–¿Qué quiere de mí, Nita? –pregunté seriamente–. Le aseguro que no tengo ganas de jugar. Quizás usted no esté de acuerdo, pero soy humano y esta noche no estoy de humor para reírme.

Ella siguió frotando la punta del cigarrillo contra el piso.

–Creo que sería correcto que usted le escribiese a Charley, y le dijese que se alegra de que él se encuentre bien, y de que haya dejado de beber, y que lo extraña un poco. –Levantó la cabeza y se inclinó ligeramente hacia adelante–. Él está luchando contra una montaña de complejos de culpa por haberlo abandonado sin darse cuenta de que todo ocurrió al revés. El saber que usted no le guarda rencor lo ayudará a mantenerse alejado del licor.

–Vaya si no le guardo rencor –grité–. Acá teníamos una linda empresa en marcha. Habría bastado con que él no tocara la botella para que todavía la tuviésemos –ahora me correspondió a mí inclinarme hacia ella–. Usted sabe que no se trataba sólo de mí. Él recibía la mitad de los ingresos. Y si tiene tantos deseos de recibir noticias mías, puede escribir la primera carta –volví a erguirme. Dios sa-

be que lo busqué por medio país. Lo saqué de suficientes tabernas. Le soné la nariz, y le cambié las medias, y le preparé café negro, y lo lavé como si fuese su madre –mi voz se convirtió en un rugido–. Lo tomé de la mano y lo arrastré conmigo día y noche. Le busqué amigas, y lo llevé a fiestas, y vigilé lo que le echaban en los vasos, para que no volviese a empezar. ¿Ahora usted quiere que le pida disculpas por haber sido decente con él? ¿Qué le pasa, Nita, está chiflada?

–Mi psicoanalista dice que estoy mejor –comentó ella impasiblemente–. Dijo que debo entender a las personas como usted, que usted no es más que un niño grande, sobredesarrollado. Debo aprender a manejarlo.

–¿Su psicoanalista? –exclamé–. ¡Santo cielo!

–Si usted le hubiese permitido a Charley que pintase como lo deseaba, él no habría empezado a beber nuevamente.

–Podía pintar por la noche –grité–. Qué diablos, ¿acaso no podía pintar los domingos? Yo incluso le habría limpiado los pinceles.

–Este es el motivo por el que usted apesta como artista. Nunca pudo entender el temperamento. Si alguien quiere pintar, no debe hacer otra cosa. El dinero no tiene importancia. Lo único que la tiene es el arte.

Me pareció que el cuello de la camisa me estaba estrangulando.

–¿Dónde leyó esos disparates? –rugí–. ¿O se lo contó alguno de sus amigos seudoboheimios porque estaba demasiado cansado para ir a trabajar?

Tiré de mi corbata para poder respirar mejor.

–Déme un cigarrillo, Peter Stark, y deje de comportarse como un idiota –manifestó ella con tono disgustado.

–Yo... –no pude encontrar palabras–. Me... me resigno –murmuré.

Mi mano temblaba cuando le ofrecí el atado.

—Un fósforo —pidió ella. Lanzó un poco de humo hacia mis rodillas—. Usted brama y grita —dijo, como si hubiese estado hablando consigo misma—. Su problema consiste en que no se siente seguro. Lo descubrí mientras trabajaba aquí —su tono cambió—. Me contaron que Van Gelder pensaba darle un empleo en la galería —manifestó, y lo dijo como si hubiese sido una pregunta.

—¿Cómo se enteró? —inquirí, sorprendido. Había contestado el anuncio, pero sólo había recibido un llamado telefónico, el día anterior, concertando una entrevista.

—Su secretaria asiste a las mismas clases que yo. Me lo contó.

La cólera empezó a desplazar nuevamente a la sorpresa.

—Entonces sabe tanto como yo —afirmé—. Quizás pueda informarme si conseguiré el empleo.

Ella asintió solemnemente con la cabeza.

—Lo conseguirá, Peter —dijo seriamente—. Usted puede hablar sobre arte, aunque no sepa lo que está diciendo. Produce una buena impresión, y hace que la gente se sienta importante. Probablemente incluso logrará entenderse con Van Gelder, especialmente si está ganando dinero —volvió a asentir con la cabeza—. Ese hijo de perra se alegrará de tenerlo a usted.

—No utilice esas palabras groseras —murmuré.

—Usted sabe que es un hijo de perra —argumentó ella—. Todos lo saben.

Yo no podía discutir esto con ella. El nombre de Jonas Van Gelder era conocido por todos en el mundo artístico, por lo menos por su reputación. Ganaba dinero, y sus competidores se dedicaban a ser raros, o excéntricos, u otra docena de cosas excepto solventes. Se había iniciado con una galería en una trastienda y una serie de cuadros de principiantes. Ahora era el vendedor más importante del Medio Oeste. El auge artístico de posguerra le había

resultado de medida, y no había perdido un minuto en sacarle provecho.

Encendí un cigarrillo para mí.

–Hay dos formas de dejar los negocios, Nita –expliqué razonablemente–. Uno puede quebrar y mandar todas las deudas al diablo, o puede prometer pagarlas. Yo he hecho esta última promesa, y ahora debo cumplirla. Para mí Van Gelder es sinónimo de dinero.

Ella se incorporó, se desperezó, y frotó ambas manos sobre su cintura.

–Me enorgullezco de usted, Peter, por haberlo hecho como lo hizo, pero creo que comete un error al ligarse a Van Gelder.

Observé su semblante serio detrás de los grandes lentes, y la tez sin maquillaje, y el absurdo corte de su pelo.

–No es nada de su incumbencia –dije pacientemente. Levanté la voz para asegurarme de que ella entendería–. Nada de su incumbencia –grité.

Ella se agachó y levantó una enorme carpeta de dibujos que le había estado sirviendo de almohada, y me la entregó.

Ya casi he terminado mi psicoanálisis, y es inútil hacer todo eso si después no se toma ninguna medida para normalizar la situación –sonrió súbitamente y su rostro pareció el de una chiquilla. Apoyó brevemente una mano tibia sobre mi mejilla–. Usted era mi problema, y yo no lo sabía. Pensé que venía a ver a Charley, pero en realidad era a usted –levantó una mano para acallar mi protesta–. No me fui de aquí para trabajar por mi cuenta, sino que huí. Mis sueños lo demuestran. Usted es mi complejo, Peter –separó sus manos–. De modo que entenderá que tendré que conquistarlo para solucionar ese problema.

Mi boca podría haber sustituido a la de cualquier pez del acuario. Se abrió y se cerró, pero ninguna palabra brotó de ella.

—Al principio no podré luchar demasiado con usted, Peter —dijo, encaminándose hacia la puerta—. Sería un error. Lo amedrentaría. Ahora desistiré de mis intentos respecto de Van Gelder, pero seguiré recordándole que usted es un tonto al no seguir mi consejo —ella abrió la puerta, y se quedó mirándome—. Sin embargo, deberá escribirle a Charley. Eso es importante para él —me hizo una seña con el dedo para que la siguiese—. Venga —ordenó—. Salgamos de aquí.

Yo volví a boquear.

—¿Adónde iremos? —grazné.

—Lo convidaré con un trago, y después podrá volver a su casa y seguir compadeciéndose a sí mismo.

Me puse de pie y me miró los zapatos como si hubiese estado sobre el borde del Gran Cañón, y sentí un estremecimiento en la tierra.

—Oiga —dije—. Usted no sabe... Yo no...

Salió. Su voz flotó hacia mí por la escalera en tinieblas.

—¿Dónde quiere beber ese trago, querido? —preguntó.

—En Sudamérica —gruñí. Bajé por la escalera hacia mi incierto futuro.

CAPÍTULO II

Todavía hacía calor cuando salí a la acera al día siguiente por la mañana. El viento sacudía los esqueletos de los árboles a lo largo de la calle, pero la planta de aire acondicionado del lago Míchigan retenía el aire verdaderamente frío del otro lado de las aguas.

Decidí caminar hasta la galería Van Gelder. Mis pensamientos eran titubeantes como los de un hombre que trata de dejar de fumar. El anuncio informándole al mundo que Van Gelder necesitaba un director ayudante, fuera esto lo que fuere, había sido aceite volcado sobre las olas de mi desesperación. Por lo menos el anuncio olía a dinero, y yo necesitaba dinero tanto como una plantilla necesita un zapato para funcionar adecuadamente. Van Gelder podía ser infame en muchos sentidos, pero también era un hombre con cualidades para sacar mucho dinero de la interminable plática de las bellas artes.

Me sumé a la columna de gente que marchaba hacia el Near North Side, y entonces aceleré el ritmo de mi marcha. Rumié las averiguaciones que había hecho acerca de Van Gelder. Este era bastante excéntrico, aun para el término medio comercial, y conseguía distinguirse en el terreno artístico donde lo simplemente excéntrico resultaba anticuado. Una de las cosas que se comentaban acerca de él era que tenía el fetichismo de la puntualidad, y si esto formaba parte de su religión, encontraría en mí un fiel devoto.

La mujer que estaba en la esquina delante de mí se detuvo para contener la falda que el viento había hecho su-

bir por la fachada de nylon de sus piernas. Mis globos oculares tuvieron una reacción agradable, y entonces la borré de mi mente y volví a encaminar mis pensamientos hacia el señor Van Gelder. Quería estar preparado.

La entrada de la galería estaba en el centro de la cuadra en la que todavía se levantaba una serie de antiguas casas de piedra parda. El edificio se agazapaba cómodamente detrás de su alta verja de hierro. Sobre el portón abierto colgaba una placa de bronce que identificaba el negocio y anunciaba las horas en que funcionaba. Recorrí los escasos metros de acera de ladrillos hasta la escalinata de lajas que conducía a la ancha puerta roja con una pequeña placa de bronce que me decía "Entrada Libre".

Las historias que había oído acerca de Van Gelder hacían mucho hincapié en sus esfuerzos por convertir la antigua caparazón de piedra parda en la actual galería. En el transcurso de este proceso había litigado con varias empresas de construcciones y con muchos decoradores de interiores, pero el resultado de estos esfuerzos consistía en un establecimiento único, específicamente diseñado para un propósito: vender cuadros por la mayor cantidad posible de dinero.

La muchacha que esperaba atentamente que yo terminase de cerrar la puerta parecía diseñada para hacer juego con la habitación. Ostentaba una linda cara debajo de su cabellera rubia resplandeciente y por encima de un vestido negro tan sencillo que parecía original, y me saludó con una voz que hacía pensar que alguien estaba expresando una colmena.

—¿En qué puedo servirle?

Noté vagamente que el salón tenía cielo raso blanco y paredes blancas detrás de los cuadros, con algunos muebles cómodos y cortinados que acentuaban sus toques de color contra la desnudez del cuarto, mientras yo avanzaba hacia su pequeño escritorio.

–Soy Peter Stark –manifesté–. El señor Van Gelder me está esperando.

Le dediqué mi mejor sonrisa que le hizo saber que yo era el único en la ciudad capaz de apreciar su belleza en toda su plenitud.

–¿Por un empleo, verdad? –preguntó la rubia nuevamente.

Parte de mi sonrisa se me heló en la cara. Noté rápidamente que su pelo era en realidad ligeramente bronceado, y no rubio como me había parecido.

–Así es –asentí–. Por un empleo –volví a mirar hacia la puerta–. Quizás me equivoqué de puerta –comenté–. ¿Debería haber entrado por el fondo?

Ella disco un número en el teléfono y me dedicó la sonrisa especial reservada para el mozo que le limpiaba la salsa de la manga del saco.

–Puesto que está aquí... –dijo dulcemente. Un dedo largo surgió de la palma de su mano para señalar un sillón situado en el otro extremo del cuarto.

Me quité el abrigo y me hundí en las profundidades del sillón a tiempo para oírle decir:

–Un señor Peter Stark, señor Van Gelder. Dice que tiene una cita –me miró a través de la sala, como si el sillón que yo ocupaba hubiese estado vacío–. Cómo no –agregó por el teléfono–. Yo me ocuparé de eso.

Ella vació la mano que tomaba el auricular, y empezó a revisar una lista.

–¿No hay problemas? –pregunté.

–Usted está citado para las diez –manifestó la rubia con tono de reproche–. Llegó temprano.

–Nací a los ocho meses –comenté con delicadeza–. Cuando se empieza mal, se sigue siempre así.

Volvió a concentrarse en la lista, y yo seguí mirando cómo la aguja mayor del reloj trataba de alcanzar la posición vertical en el aire. A la aguja todavía le faltaba recorrer dos